

vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedían era, ó que lo pactado se cumpliera, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenían cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La petición era á todas luces justa, pero se la hacían á Roma ⁽⁴⁾.

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépidio en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretexto de que habían abastecido á los numantinos durante la guerra acometió este cónsul á los vacceos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habían forzado á levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupción en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejara á los vacceos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado mas, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado mas mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Philon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á

(4) App. de Bell. Hisp. p. 514 Saint-Real, Hist. de este tratado. Tit. Liv. Epitom. Patterc. lib. II.

Numancia, y poder decir en Roma que había visto una ciudad y no se había atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino después (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo había ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignación, mas que con dolor veía cómo iban quedando enteradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capaz de domar esta ciudad heroica que el que había destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniese á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, mas enemigas de Roma. Pero la una había sido una población de setecientos mil habitantes, la otra apenas contaría ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil voluntarios

(134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viciado en extremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mugerzuelas; de estas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habian acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos, en que dormia él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provision de trigo para quince ó veinte dias, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipage obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos asi en todo género de trabajo y de fatiga. «*Que se manchen de lodo, decia, ya que tanto temen mancharse de sangre* (1).» Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitia la menor indulgencia ni guardaba la menor consideracion. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en mas fáciles empresas (que todo lo creia necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrías por el pais de los vaccéos. Viéronse alli

(1) Flor. lib. II. Aurel. Vict. c. 58.

el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que despues escribió la historia de esta guerra) en mas de un conflicto y en mas de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas escursiones vió Escipion por sus mismos ojos las ruinas de Cauca destruida por la traicion aleve de Lúculo, y movido á lástima ofreció á voz de pregon todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada asi la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrian á forragear hácia una pequena aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrageadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado alli hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos tuvieron á cordura replérgase á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos (1).

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipion el sitio de Numancia con un ejército de sesenta mil combatientes, disciplinados ya á su gusto. ¡Y todavia el poderoso romano esquivaba la batalla

(1) App. pág. 524.

con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitán, que decidido á rendir á los sitiados por hambre hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el río no les entráran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro, en tal forma que no solo las barcas, pero ni los nadadores y buzos podían pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecían las torres, á mas de las ballestas, catapultas, y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de día y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas y al punto se acudía al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Anibal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba mas alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus

conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalacion estos cinco valientes y dirigiéronse á pedir auxilios á sus vecinos los arevacos. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destruccion de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbia, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, «no lágrimas, les dijo, brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir.» Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia mas loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madru-

gada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el gefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia ¿Qué mas honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviríamos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la pidan, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Tén corazón de hombre, Escipion, y que tu nombre no se áfee con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discrecion.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien desahogar su rabia hicieron víctimas de su desespera-

cion á los enviados que habian tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mugeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pie de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podian ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heróicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenian que comer; los muertos servian de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperacion ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venia con mas lentitud de la que ellos podian sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no habia acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquél pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nacion mas poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contára tantas glorias, bastaría haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador extranjero, cayó la pequeña ciudad mas gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecia que la independenciam de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel,

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el mas admirador de los romanos, y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heróicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominacion de una república ambiciosa que pretendia dar leyes al universo.» Floro dice espresamente «que nunca los romanos hicieron guerra mas injusta

«que la de Numancia (1)..... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruido á Cartago. Era una rival que se habia hecho temible, y que podia serlo todavía si se la dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos la ruina de su imperio.....»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto habia sometido tambien á los gallicos, y recibió por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se habia estinguido todavía en España.

(1) *Nullius belli causa injustior*: son las espresiones de Floro.
 (2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente idólos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idólo de metal de un palmó de alto. Algun monumento debia estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroismo de nuestros mayores.